

¡Qué triste es el contemplar cómo pueblos valientes, hasta el heroísmo, sufridos hasta la resignación, pagan injustamente las faltas cometidas por sus imbéciles é indignos gobernantes!

.....  
Mientras la heroica Navarra decaía tanto que se hallaba á punto de perecer por completo, el naciente reino de Portugal, no obstante su aislamiento y sus lamentables diferencias con Castilla y con el Pontífice, conseguía bajo el paternal cetro de Alfonso I arrancar á los moros el dominio de las importantes plazas de Lisboa y Santarén; consolidándose fuerte y poderosamente y engrandeciéndose su territorio á costa de los árabes durante el reinado de Sancho I (*el padre de la patria*) que en 1185 heredó la corona de aquel, ciñendo con ella sus sienes hasta el año 1211 en que justamente llorado por sus pueblos bajó al sepulcro.

Con semejantes soberanos los pueblos que nacieron grandes, crecen, se desarrollan y se hacen dignos del respeto y admiración de los demás.

CAPITULO XVIII.

Gran cruzada cristiana.—Triunfo de Las Navas de Tolosa.—Conquista de Baeza, Córdoba, Jaén, Sevilla, Jerez, provincia de Cádiz, Baleares y Valencia.  
—Decadencia musulmana.

Impaciente Alfonso por vengar la sensible derrota de Alarcos, ordenó en 1210 á los esforzados caballeros de Calatrava que entrasen a sangre y fuego por los dominios moros de Jaén, Baeza y Andújar. A la primavera siguiente, su hijo Fernando, con mayor número de aguerridas tropas repitió aquellas sangrientas expediciones que introdujeron el espanto y la confusión en el campo agáreno. Mientras tanto el mismo rey cristiano, puesto al frente de las veteranas milicias de Castilla la Nueva, destruía é incendiaba una gran parte del reino de Murcia.

Determina entonces el almohade hacer un prodigioso esfuerzo para derrocar de una vez

á su terrible adversario; y predicando *la guerra santa* conmueve al Africa entera. Los moradores de Mequinez, de Fez y de Marruecos, los pastores de Sahara, los dispersos habitantes de las risueñas orillas del Moluca y de las inmensas llanuras de la Etiopía, todos en confuso tropel acuden á cobijarse bajo las banderas de Aben-Jacob, quien con tan poderosos refuerzos, unidos á las tribus berberiscas y á los voluntarios que habia ya en España, formó el ejército más numeroso que jamás pisara los floridos campos de la heroica Península ibérica.

A la cabeza de tan formidables legiones salió el mismo emperador de Marruecos el día 15 de Febrero de 1211. Desembarcando en las arenosas playas de Tarifa se dirigió á Sevilla donde procedió á dividir su ejército en cinco grandes cuerpos, cuya operacion terminó el 1.º de Julio del referido año.

El 14 del mismo mes se puso en marcha, llegando hasta las inmediaciones de Salvatierra, cuya importante fortaleza sitió.

Al ver el Rey de Castilla la asoladora tormenta que amenazaba descargar sobre sus

abatidos pueblos, hace tambien un supremo llamamiento á la atribulada cristiandad. A su elocuente voz derrama el Papa el tesoro de sus indulgencias en favor de los que acudiesen á la lucha contra los infieles. Hallan estos ecos profunda resonancia en todos los ámbitos del mundo cristiano, y los reyes de Italia, Francia y Alemania envian poderosos auxilios que pasando los Pirineos llegan á Toledo el 27 de Mayo de 1212. A los pocos dias Alfonso y Pedro II de Aragon, que se habian reunido en Cuenca, salen á campaña al frente de todos los hombres útiles para tomar las armas, definitivamente resueltos á morir ó vencer (21 de Junio.)

Al tercer dia de marcha llegaron los *cruzados* á Malagon, pueblo distante catorce leguas de Toledo y que se hallaba ocupado por los musulmanes, quienes se retiraron á una eminencia fortificada, donde atacados y vencidos por los cristianos fueron todos pasados á cuchillo.

Tomada por asalto Calatrava, los extranjeros auxiliares pretestaron en esta plaza no poder resistir los fortísimos calores de la es-

tacion, y abandonaron cobardemente la campaña, retirándose camino de Francia.

Poco importaba esta miserable defeccion cuando los invencibles hijos de la heroica patria del Cid y de Pelayo se bastaban á sí propios para llevar adelante su atrevida y noble empresa, y cuando D. Sancho de Navarra, oyendo la elocuente voz del patriotismo, habia llegado á Alarcos al frente de la esforzada y valiente nobleza de su reino y de algunos aguerridos batallones, formados por lo más florido de sus indómitos montañeses.

Reunidos los tres soberanos se dirigieron á Salvatierra, que habia caido en poder de los agarenos; y cuando el dia 12 de Julio llegó el ejército cristiano al puerto de Almuradiel, ya este se hallaba ocupado por numerosas fuerzas de las huestes de Aben-Jacob, quien tenia sentados sus reales en Baeza y cerrados los desfiladeros de Sierra-Morena.

Grandes contrariedades se oponian á la marcha de los heroicos defensores de la fé católica; pero éstos, que no se hallaban resueltos á ceder ante ningun género de obs-

táculos, decidieron seguirla á todo trance, aunque tuvieran que pasar por encima de sus enemigos, fuertemente atrincherados en aquellas inaccesibles montañas.

Afortunadamente se presentó entonces en los reales de Alfonso un pobre pastor ofreciéndose á conducir el ejército por una trocha, de él únicamente conocida, hasta llevarlo á la cumbre de la cordillera. Aceptada su oferta, la cumplió maravillosamente: los *crúzados*, conducidos por tan experto guía, llegaron á un hermoso llano capaz de contener á todo su ejército, y donde la naturaleza y el arte habian agotado todos los recursos para disponer un incomparable campo de batalla. Esta inmensa planicie era la de *Las Navas de Tolosa*, en la cual el 14 de Julio plantó sus tiendas el ejército cristiano, con indecible sorpresa de los moros que jamás pudieran esperarlos allí: Aquel mismo dia presentó el Emir la batalla; pero necesitando los confederados reponerse de sus pasadas fatigas, esquivaron el choque hasta el 16; en cuyo memorable dia se dispusieron á luchar con su acostumbrado júbilo y entusiasmo.

Terrible, desastrosa, incomparablemente encarnizada fué aquella sangrienta batalla en la cual árabes y cristianos jugaban el todo por el todo; como que de su resultado dependia el triunfo de la cristiandad entera ó el de los sectarios de Mahoma, el predominio, quizá universal, de una ú otra creencia religiosa. Todos lucharon con feroz encarnizamiento, todos con heroísmo insuperable: los tres soberanos católicos y el mismo Emir Aben-Jacob realizaron personalmente grandes prodigios de temerario valor. Cuando estaban engolfados en lo más récio de la pelea; cuando el polvo y la sangre cubria á los combatientes de ambos ejércitos, llegó un momento supremo en que los caudillos andaluces y sus denodadas tropas, no pudiendo resistir el desesperado empuje de los cristianos, volvieron bridas y salieron huyendo del combate. Entonces los *almohades*, árabes y demás tribus africanas, viendo que todo el peso de la batalla cargaba sobre ellos y que no habia fuerzas humanas, capaces de resistir á los defensores de la fé, principiaron a desordenarse y huir, convir-

tiéndose el combate en un degüello general de aquella inmensa morisma. Todavía la guardia negra del Emperador se mantenia firme, resistiendo con valor heroico las repetidas cargas de toda la caballería confederada; pero despues de inauditos esfuerzos, aquella muralla de picas, valiente hasta la temeridad, resignada hasta el sacrificio, fué deshecha por el rey de Navarra que introdujo la más espantosa matanza en sus compactas filas. Entonces el atribulado Mahomed vióse obligado á huir á rienda suelta, mientras que sus infelices soldados eran alcanzados y muertos por todas partes; 200,000 moros quedaron tendidos sobre aquellas lomas y barrancos, y 25,000 cristianos salvaron con su sangre generosa la independencia de su patria y la noble causa de la cristiandad, grandemente comprometida en aquella gloriosísima batalla.

Desde aquella memorable jornada, la guerra tomó un aspecto sumamente favorable á las armas cristianas, que pocos dias despues conquistaron varias poblaciones importantes, obligando á los moros á retirarse, en com-

pleta dispersion, al centro de sus cada vez más reducidos y amenazados dominios.

Dos años despues de tan señalada victoria, que valió al rey castellano el sobrenombre de *el de las Navas* y que la iglesia conmemora con *el triunfo de la Santa Cruz*, Alfonso bajó al sepulcro dejando mortalmente herido el poder *almohade* (6 de Octubre 1214.)

Sin importancia para la patria los efimeros reinados de sus sucesores D. Enrique, Doña Berenguela y Alfonso IX, pasaremos á ocuparnos de la monarquía del célebre Fernando III, *el Santo*, quien en 1230 realizó la venturosa y definitiva union de Leon y Castilla.

Este brillante reinado lo inauguró Fernando haciendo tributario de su corona al rey moro de Valencia; llevando sus victoriosas armas á las estensas llanuras andaluzas, que asoló durante el largo espacio de diez años; conquistando á Baeza, Córdoba y Jaen; é imponiendo fuertes tributos á Granada y Murcia.

Dueño ya de casi todo lo más principal de

la antigua *Bética*, y apoyado por una escuadrilla improvisada en las costas vizcainas, al mando de Ramon Bonifaz, primer almirante que en Castilla hubo, se apoderó en 1248 de la importante plaza de Sevilla, á cuya sumision siguió la de todo el estenso territorio bañado por el Guadalquivir, calculándose en medio millon el número de los moros que tuvieron necesidad de abandonar sus hogares huyendo de las triunfantes armas de Castilla.

El incansable monarca cristiano empleó los dos años siguientes en la conquista de las importantes plazas de Jerez, Arcos, Medina Sidonia, Rota y San Lúcar, que arrebató á los moros despues de obstinados y sangrientos combates en que los heroicos defensores del catolicismo supieron colmarse de gloria y esplendor. Poseido de ardiente fé y con ilimitado entusiasmo concibió entónces el atrevido proyecto de pasar al África, para perseguir hasta en su misma cuna á los descendientes del intrépido Tarik. Cuando tan audaz empresa estaba á punto de realizarse, y ya el almirante Bonifaz habia alcanzado

una señalada victoria naval sobre la armada africana en el Estrecho, la fatal muerte de Fernando, ocurrida en la nueva corte de Sevilla el día 30 de Mayo de 1252, disipó la furiosa tempestad que amenazaba al Africa y puso fin á uno de los más gloriosos reinados de la Edad Media, en el cual concluye el primer periodo de la noble y patriótica obra nacional comenzada por Pelayo cinco siglos antes.

Al brillante resultado obtenido sobre los moros en aquellos cincuenta años contribuyó poderosamente el valiente rey de Aragon y Cataluña D. Jaime *el Conquistador*, que en 1228 arrancó á los árabes el dominio de las islas Baleares, y diez años más tarde el de Valencia y todos los pueblos de la ribera del Júcar; mientras que el soberano de Navarra Teobaldo I, pasaba á Tierra Santa, tomando parte en la Santa Cruzada, y á su regreso introducía en su Estado útiles reformas que ayudaban al desarrollo y felicidad de su pueblo.

Toda la España católica habia luchado con tanto ardor y entusiasta fé, que á mediados

del siglo XIII los dominios musulmanes que un día se extendieron por toda la Península ibérica, quedaban reducidos á los pequeños-reinos de Granada y Murcia, y aún éstos rendian homenaje á los reyes cristianos.

Tan grandiosos y sorprendentes resultados solo se pueden obtener por aquellos esforzados pueblos que saben luchar hasta conseguir la victoria ó morir en defensa de sus sagrados derechos.

---